

El “Sur” en el sistema migratorio europeo. Evolución reciente y perspectivas

Joaquín Arango



El sistema migratorio europeo es —junto con el norteamericano, el de la región Asia-Pacífico y el del Golfo Árabe— uno de los cuatro grandes sistemas migratorios que existen en el mundo en la actualidad. Los sistemas migratorios se definen por la asociación, dotada de cierta vocación de permanencia y acompañada de un denso tejido de interrelaciones de diversos órdenes, que se establece entre una región receptora de inmigración y un conjunto de países emisores de emigración. En el caso europeo, el polo receptor, tras la incorporación al mismo de la Europa meridional, comprende la casi totalidad de la Europa Occidental, y su delimitación no suscita dudas. Por el contrario, y como siempre suele suceder, el polo emisor —lo que podemos considerar el ‘Sur’ del sistema— es mucho más heterogéneo y difuso. Al menos cuatro tipos de áreas de origen son discernibles en los flujos migratorios que tienen a Europa por destino: las riberas meridional y oriental del Mediterráneo; las ex-colonias británicas que nutren las corrientes dirigidas al subsistema migratorio del Reino Unido; los países de la Europa del Este y la ex-URSS; y un componente variopinto que expresa la creciente tendencia universalmente observable a la diversificación de los orígenes de los migrantes. Aquí nos vamos a ocupar del primero de ellos, el constituido por un grupo de países del Tercer Mundo próximos a Europa —nuestro ‘Sur’ por antonomasia—, que ha sido el más importante ingrediente de la inmigración europea en el pasado reciente, lo es en el presente y previsiblemente siga siéndolo en el próximo futuro. Tras identificar a los principales países de ese grupo, este artículo examinará su evolución económica y demográfica y tratará de arrojar alguna luz acerca de sus perspectivas de evolución en el próximo futuro, con especial atención a las implicaciones que las mismas pueden tener para Europa.

Delimitación de la región

El ‘Sur’ del sistema migratorio europeo es primordialmente mediterráneo. Un examen, incluso somero, de las estadísticas de extranjeros residentes en Europa revela que los con-

Cuadro 1
Residentes de algunos países mediterráneos en países europeos de la OCDE

		Argelinos	Marroquíes	Tunecinos	Turcos	Yugoslavos	Total Poblac. extranjera
Alemania	(31.12.89)	5.924	61.848	24.292	1.612.623	610.499	4.845.882
Belgica	(1.1.90)	10.644	138.417	6.247	81.775	5.537	880.812
España	(1989)	675	60.000 a	291	217	384	700.000 a
Francia	(1985)	820.900	516.400	202.600	146.100	64.400	3.752.200
Italia	(31.12.90)	4.041	77.971	41.234	4.695	29.790	781.140
Holanda	(1.1.90)	600	148.000	2.400	191.500	12.800	641.900
Suecia	(31.12.89)	500	1.200	1.000	24.200	39.600	456.000
Suiza	(31.12.89)	2.185	2.018	2.705	59.450	116.833	1.040.325

Fuente: SOPEMI, 1990

a) Estimación propia

tigentes más importantes son los que tienen por origen los tres países mayores del Magreb y Turquía, que suponen cerca de dos tercios del total de inmigrantes extracomunitarios establecidos en nuestro continente, de acuerdo con las cifras oficiales. Algunas de ellas se hallan recogidas en el cuadro 1.

Como es bien sabido, los inmigrantes turcos han tenido a Alemania como destino tradicional, aunque también se encuentren nutridas colonias turcas en otros países, principalmente Holanda y Francia. En los últimos años se asiste a una creciente diversificación de los destinos de los emigrantes turcos.

Por lo que hace a los emigrantes magrebíes, su principal destino ha sido y sigue siendo Francia. Históricamente, el primero y más característico de los flujos fue el procedente de Argelia. Para este país, el destino casi exclusivo de sus emigrantes, que sólo en números muy reducidos optan por algún otro país europeo, es su antigua metrópoli. Para los tunecinos, ésta es también el destino principal, aunque sea claramente perceptible una creciente tendencia hacia Italia. Los marroquíes constituyen el grupo emigrante más dinámico y disperso. La mayor concentración se encuentra igualmente en Francia, pero su presencia es también relevante en Bélgica, Holanda, Suiza y, de forma fuertemente creciente en los últimos años, en Italia y España.

En el último cuarto del siglo XX, el Mediterráneo está configurándose como un espacio migratorio de primer orden, lo que constituye una novedad histórica. En efecto, hace un siglo las principales migraciones internacionales eran trasatlánticas, y hace 30 años intraeuropeas, en un continente dividido a estos efectos por los Pirineos y los Alpes. Hoy en día, las

migraciones transmediterráneas se cuentan entre las más importantes del mundo, y desde luego las más relevantes para Europa. Para que ello sea así han tenido que producirse dos grandes mutaciones: la primera, que el Norte de Africa y Turquía se incorporasen gradualmente, hasta devenir primordiales, a los flujos migratorios dirigidos a la Europa más desarrollada, compartiendo durante algún tiempo este destino con la Europa del Sur; dos, que esta última cambiase su signo migratorio de emigrante por el de inmigrante, lo que ha ocurrido sobre todo en los años 80. Ambas novedades son muy importantes, especialmente la primera. La orilla Sur del Mediterráneo, en la que por razones de relativa similitud estructural —y desde luego a los efectos que aquí nos ocupan— hay que incluir a Turquía, aunque ello suponga forzar un tanto la geografía, ha ocupado el lugar que en las migraciones laborales al cuadrante Noroccidental de Europa correspondió no hace mucho a los países de la orilla Norte. Ello implica que la frontera que separa a los países de origen de los países de destino de las migraciones se ha desplazado hacia el Sur, deviniendo marítima. De ahí que se hable crecientemente del ámbito mediterráneo como región migratoria y que el Mare Nostrum sea visto como un nuevo Río Grande, como una de las mayores divisorias entre Norte y Sur que existen en el mundo.

Ahora bien, el Mediterráneo es una parte importante del sistema migratorio europeo, pero no es una región migratoria per se. Ante todo porque si bien es cierto que la mayor parte de los países del Sur de Europa han devenido inmigrantes, o están en vías de hacerlo, con la excepción importante de lo que hasta ahora hemos llamado Yugoslavia, el polo receptor no

es la Europa meridional, sino Europa occidental; y sobre todo porque los de la otra ribera no son todos emigrantes, y menos aún emigrantes a Europa. Por eso resultan poco pertinentes las generalizaciones acerca del Mediterráneo o, más aún, del "mundo árabe". Algunos países del Norte de África, y sobre todo del mundo árabe, son receptores de inmigración, como Libia y los países productores de petróleo del Golfo Árabe, y los emigrantes de otros se orientan a destinos extra-europeos, como es el caso en general de los países del Machrek. De hecho, las orientaciones migratorias de los países del Magreb y del Machrek son notoriamente diferentes. Más ampliamente, podría decirse que las diferencias que existen entre uno y otros son mayores que la distancia física —el desierto libio— que los separa. La razón fundamental que subyace a la irrelevancia, hasta el momento, de los países del Machrek y de Oriente Medio a efectos migratorios, desde el punto de vista europeo, es la existencia en los alrededores de la región del poderoso polo de atracción constituido por los países productores de petróleo vecinos del Golfo Árabe, que acogen un número muy elevado de emigrantes de la región —egipcios, sirios, jordanos, yemeníes— que, de no existir esa alternativa, podrían considerar a Europa como su principal destino. Esta es una razón por la cual las cambiantes fortunas del Golfo podrían tener sobre Europa repercusiones distintas de las que tienen sobre el precio de los hidrocarburos.

Pero nada de lo dicho resta importancia al peso del área mediterránea en el sistema migratorio europeo: su mitad sudoriental continúa siendo la zona de origen más importante de la inmigración a Europa. Por lo que hace al próximo futuro, al que alude el término "perspectivas" contenido en el título, aunque por definición sea imprevisible, parece razonable apostar por el continuado predominio de los cuatro países mencionados —Marruecos, Argelia, Túnez y Turquía— en la inmigración europea, dentro de la prudencia que aconseja esa impredecibilidad. Y ello tanto por el tamaño de su población, cuanto por reunir aún las condiciones que hacen a las sociedades proclives a la emigración, además de por la existencia de importantes "networks" o redes migratorias que resultan decisivas para la ocurrencia de migraciones futuras. En un contexto migratorio presidido por la existencia de fuertes restricciones al acceso, la densidad del tejido conectivo formado por los "networks" constituye probablemente el principal predictor de migraciones futuras.

No obstante lo que antecede, hay un país mediterráneo más, de gran relevancia —cuyos emigrantes

han buscado fortuna hasta la fecha en el Golfo Árabe— que podría en el futuro sumarse a los flujos de fuerza de trabajo a Europa. Me refiero a Egipto, que por sí solo aporta el 60% de los trabajadores inmigrantes de la región del Golfo. Varios indicios apuntan a la importancia de la emigración para este país, sobre todo por el cuantioso volumen de remesas que los emigrantes proporcionan. No es de extrañar, por ello, que la incertidumbre que frecuentemente afecta a flujos migratorios y stocks de migrantes en la región del Golfo, tanto por su sensibilidad a los cambios de fortunas derivados de las oscilaciones de los precios del petróleo como por avatares políticos, constituya permanente objeto de preocupación en Egipto. El pasado reciente ha conocido algunos episodios de retornos forzados de emigrantes, aunque no en la magnitud temida. Por todo ello, las autoridades egipcias parecen estar buscando destinos alternativos para sus emigrantes. Por su tamaño e importancia, por su proximidad a Europa, y por la mencionada incertidumbre de la región, no es descartable que en el futuro Egipto pudiera constituir una importante fuente de migración a Europa. Parece, pues, oportuno incluirlo entre los países examinados.

Los cinco países considerados constituyen la mayor fuente de potencial migratorio a Europa, y es probable que lo sigan siendo en el futuro. Sus poblaciones sumadas alcanzaban los 175 millones de habitantes a fines de la década pasada, y llegarán a los 200 con el cambio de siglo. Se cuentan por lo general entre las economías más importantes de la región. Se trata de países en desarrollo en el sentido más literal del término, con todo lo que ello implica de dinamismo, potencial, desequilibrios y tensiones. Se encuentran en los estadios intermedios del proceso de desarrollo, lo que equivale a decir que es tanto lo que ya han recorrido como lo que les falta para llegar a la meta del desarrollo consolidado y sostenido. En las estadísticas internacionales aparecen clasificados en el segmento de 'ingresos medio-bajos', pero no en el de 'ingresos bajos'. Han conocido notables progresos en el pasado, pero en el presente atraviesan por graves dificultades. Desde el punto de vista demográfico, se encuentran inmersos en un proceso equivalente y concomitante al desarrollo, la transición demográfica, y más precisamente su estadio intermedio, aquél en el que la distancia entre una natalidad aún alta y una mortalidad ya reducida determina un rápido crecimiento de la población. Como otros que conocieron transformaciones equivalentes en el pasado o las están atravesando en el presente, estos países muestran una fuerte propensión a la emigración al exterior.

Esta propensión resulta en primer lugar del propio desarrollo, que por lo general requiere de la emigración (Massey, 1989), en segundo del estado de crisis o de agudas dificultades económicas por el que están atravesando, y en tercero de las tendencias demográficas, que agravan los problemas sociales derivados de la situación económica. Veámoslo más de cerca.

De las vacas gordas a las vacas flacas

En el actual clima de pesimismo que los rodea, se olvida a menudo que estos países experimentaron no hace mucho un crecimiento económico vigoroso. En efecto, en los años 60 y 70, ayudados por los altos precios de hidrocarburos y fosfatos y por favorables términos de intercambio, estimulados en general por un aumento en los ingresos externos en un entorno internacional propicio, vieron crecer sus economías a tasas del orden

del 5% al 7%, de manera sostenida. Ello resultó en la duplicación, cuando no triplicación, del producto interior bruto en poco tiempo (cuadro 2).

El crecimiento de la población, aunque rápido, se quedó atrás, lo que hizo posible aumentos sustanciales en la renta por habitante y en los niveles de consumo per cápita (cuadros 3 y 4), a pesar de la fuerte propensión a invertir mostrada por algunos países. Los niveles de vida mejoraron en general, y lo mismo ocurrió con la esperanza de vida, los niveles educativos y la ingesta calórica per cápita; en general, con casi todos los indicadores sociales. Algunos países, de manera notable Argelia y Egipto, establecieron sistemas de protección social tendentes a asegurar niveles mínimos para toda la población, y todos ellos introdujeron algún sistema de protección para los más necesitados, frecuentemente en forma de precios controlados y de subvenciones a los productos alimenticios y otras mercancías básicas (World Bank, 1989, 1990).

Como no podía ser menos, el crecimiento económico sostenido durante quince o veinte años se tradujo en cambio estructural, un proceso que ha continuado después, aunque a un ritmo más pausado (cuadros

Cuadro 2
Producto Interior Bruto
(Tasa media de crecimiento anual %)

	(1) 1965-80	(2) 1980-89	(3) 1988	(4) 1989
Marruecos	5,7	4,1	10,4	3,5
Argelia	8,1 (*)	3,5	-3,8	2,9
Túnez	6,5	3,4	1,3	3,0
Egipto	7,3	5,4	3,2	1,0
Turquía	6,2	5,1	3,7	1,3

Fuente: (1) y (2) World Development Report, 1991; (3) y (4) Trends in Developing Economies 1990
(*): 1973-80, Trends in Developing Economies 1990

Cuadro 3
Tasa de inversión bruta
(crecimiento anual, por cien)

	1965-80	1980-89
Marruecos	11,4	4,5
Argelia	15,9	-1,1
Túnez	4,6	-4,4
Egipto	11,3	0,6
Turquía	8,8	3,7

Fuente: World Development Report, 1991

Cuadro 4
Consumo privado por habitante
(tasa de crecimiento anual)

	1965-73	1973-80	1980-88
Marruecos	1,7	2,5	0,5
Argelia	—	9,7	1,9
Túnez	7,6	7,8	3,7
Egipto	—	3,7	2,2
Turquía	3,8	1,3	3,4

Fuente: World Bank, Trends in Developing Economies 1990

5 y 6). Las sociedades consideradas dejaron de ser estrictamente rurales y agrarias para convertirse en semi-industriales y semi-urbanas. Tanto en la distribución sectorial de la fuerza de trabajo como en la contribución relativa de cada sector al producto interior bruto, el paso de la agricultura a la industria ha sido importante. En algunos países, como Argelia y Túnez, la proporción de población activa empleada en agricultura no puede ya considerarse muy elevada; sólo en Turquía representa aún más de la mitad del total, lo que significa que sigue existiendo un considerable potencial de migración rural-urbana, que, a su vez, podría alimentar la emigración al exterior.

Hace poco más de diez años, los cinco países de la ribera meridional y oriental del Mediterráneo parecían sólidamente instalados en el camino del desarrollo, incluso si condiciones internacionales favorables ocultaban la existencia de ineficiencias y rigideces, y de una inadecuada asignación de recursos. Por otro lado, el considerable aumento de la demanda interna estaba contribuyendo a deteriorar la balanza de pagos, aumentando las importaciones y reduciendo las exportaciones. Todas las debilidades saltaron a la

luz cuando los aires de bonanza dejaron paso a vientos más tormentosos.

Ello ocurrió en torno a 1981-1982, aunque los plenos efectos de la crisis no se manifestaran en varios casos hasta mitad de la década. En Argelia, Túnez y Egipto la caída de los precios de los hidrocarburos, y especialmente su desplome en 1986, constituyeron el detonante de la crisis, como en Marruecos lo fue la caída del precio de los fosfatos. La recesión había comenzado antes en Turquía, en los años 70, por razones diametralmente opuestas, a causa de una inadecuada respuesta a la primera crisis petrolífera tras la guerra de Yom Kippur, que inició un período de elevada inflación. En conjunto, el cambio de coyuntura siguió a una serie de acontecimientos internacionales adversos y a la maduración de los desequilibrios internos. A ello contribuyeron las malas cosechas que tuvieron lugar en algunos países, provocadas o agravadas por condiciones meteorológicas desfavorables. Ello condujo a fuertes importaciones de productos alimenticios, que después se han hecho crónicas.

Cuadro 5
Distribución sectorial del producto interior bruto (%)

	Agricultura		Industria		Servicios	
	1965	1989	1965	1989	1965	1989
Marruecos	23	16	28	34	49	50
Argelia	—	16	—	44	—	40
Túnez	22	14	24	33	54	53
Egipto	29	19	27	30	45	52
Turquía	34	17	25	35	41	48

Fuente: World Development Report 1991

Cuadro 6
Porcentaje de la población activa en agricultura (%)

	1965	1973	1980	1988
Marruecos	61,3	53,9	45,6	38,0 (*)
Argelia	—	40,1	30,7	24,7
Túnez	—	—	35,0	24,4
Egipto	53,4	46,6	37,6	35,9
Turquía	74,5	67,2	62,5	55,1

(*): 1987

Fuente: World Bank, Trends in Developing Economies 1990

En nuestros días las importaciones de cereales son cuantiosas en todos ellos, especialmente en Argelia y Egipto, habiéndose duplicado, triplicado o cuadruplicado en pocos años. En todos, ha sido decisivo el deterioro de las cuentas exteriores, al ser fuertemente dependientes de las exportaciones —petrolíferas o de otros productos—, y de las divisas que generaban. Cuando aquéllas se estancaron, o cayeron abruptamente, se puso de manifiesto la existencia de desequilibrios entre los ingresos exteriores y las necesidades de divisas. Cayeron las exportaciones, por lo menos en valor, y tuvieron que reducirse las importaciones, lo que condujo a interrupciones de la producción industrial, disminución de la producción total, déficits presupuestarios, aumento de precios en productos básicos e inflación (World Bank, 1989 y 1990). En todo caso, esta última no ha sido prominente en los países del Magreb, aunque sí en Egipto y mucho más en Turquía (ver cuadros 3, 4 y 7). Quien sí lo ha sido es el endeudamiento, que ha alcanzado dimensiones considerables: en las estadísticas inter-

nacionales los cinco países considerados están incurridos en la categoría de “gravemente endeudados” (cuadro 8).

La importancia del endeudamiento no necesita de mucha ponderación. Constituye un círculo vicioso, al derivar de la escasez de recursos externos y a su vez limitar fuertemente la disponibilidad de tales recursos para la financiación del desarrollo. Esta, el desequilibrio de las cuentas exteriores, es una variable crucial al limitar importaciones que son vitales: productos alimenticios, materias primas, bienes de equipo y recambios para la industria. Las fuentes de divisas que permiten financiarlas —hidrocarburos, fosfatos, ingresos derivados del Canal de Suez y turismo, principalmente, y en muy escasa medida exportaciones más tradicionales— resultan muy vulnerables a fluctuaciones derivadas de las circunstancias internacionales. Ello subraya la importancia de las remesas de emigrantes, que suponen hasta el 5% o más del producto interior bruto, para equilibrar la balanza de pagos.

Cuadro 7
Tasa de inflación
(por cien, por año)

	1965-73	1973-80	1980-88	1988	1989
Marruecos	1,9	10,1	8,1	2,3	—
Argelia	—	11,0	8,8	5,9	7,5
Túnez	3,3	6,8	8,4	6,3	7,4
Egipto	—	12,7	14,5 (*)	17,6	21,3
Turquía	8,2	35,8	40,6	75,4	69,7

(*): 81-85

Fuente: World Bank, Trends in Developing Economies 1990

Cuadro 8
Deuda externa

	En millones de dólares		% del PNB	
	1980(a)	1989	1980	1989
Marruecos	8.400	20.900	53,1	98,4
Argelia	17.000	26.100	47,1	56,8
Túnez	3.200	6.900	41,6	71,9
Egipto	28.500 (b)	48.800	95,0	159,0
Turquía	15.000	41.600	34,3	53,8

Fuente: World Development Report, 1991

(a) Trends in Developing Economies 1990 — (b): 1984

Las políticas de ajuste y sus costes sociales

Ante cuadros como el descrito la única opción efectiva es la adopción de políticas de estabilización, ajuste y reforma, bien sea de manera voluntaria o inducida por los acreedores, para corregir los desequilibrios fiscales, presupuestarios y externos y reducir la deuda en el corto plazo, y para sentar las bases que permitan restablecer el crecimiento en el largo plazo. En efecto, mantener las importaciones y el ritmo de crecimiento agravaría el deterioro de la balanza de pagos y haría aumentar el endeudamiento, lo que seguramente no sería aceptable externamente ni sensato en el plano interno. Las recetas son bien conocidas: desregulación de la economía, promoción de la eficiencia, eliminación de rigideces en precios y salarios, fomento del sector privado y primacía de los criterios de mercado.

Uno tras otro, y antes o después, los cinco países de la región han adoptado programas de ajuste, si bien con distinta intensidad y perseverancia. En todos los casos, las consecuencias inmediatas han sido parecidas: caída de las tasas de crecimiento hasta llegar a tornarse negativas, fuerte reducción de la inversión interna, aumento del desempleo —hasta situarse en torno al 15-25%— y reducción del consumo privado per cápita o, lo que es lo mismo, deterioro de los niveles de vida.

El impacto social e incluso político de las políticas de ajuste suele ser considerable. En primer lugar, porque un ingrediente esencial en procesos de ese tipo es el estancamiento a corto plazo. En segundo lugar, porque algunas de las medidas que suponen, tales como la reducción del gasto público, la supresión de

controles y subvenciones, con las consiguientes subidas de precios, la disminución del empleo público y la reducción de importaciones, engendran directamente tensiones sociales. De hecho, tales tensiones sociales se han producido en la mayoría de los países de la región, y en algunos, como Túnez, Marruecos y Argelia, han alcanzado dimensiones de auténtico estallido social, llegando incluso a amenazar incipientes procesos de democratización en curso.

Las tendencias demográficas

Como se ha dicho, los países del Sur del sistema migratorio europeo se encuentran en plena travesía del proceso histórico conocido como transición demográfica. Ello implica, en primer lugar, que la tasa de crecimiento de la población es muy elevada, del orden de 2,5% e incluso 3% anual. Nada nuevo hay en ello: con variaciones menores, ha sido de ese orden durante los treinta últimos años (cuadro 9). Dado que estos países no son inmigrantes, sino al contrario, la razón de tan rápido crecimiento no puede ser otra que la distancia característica que en el curso de la transición separa a la fecundidad de la mortalidad. Ello se debe ante todo al descenso de esta última, que era bastante alta hace 25 ó 30 años. La esperanza de vida al nacer escasamente superaba los 50 años, y la tasa de mortalidad infantil se situaba generalmente en torno a 150 por mil (cuadro 10). En el transcurso de las dos últimas generaciones, el progreso de los indicadores de mortalidad ha sido notable, pero no excepcional: hoy en día no son mejores de los que cabría esperar de su

Cuadro 9
Tasa de crecimiento de la población (por cien, por año)

	1965-80	1980-89	1989-2000
Marruecos	2,5	2,6	2,3
Argelia	3,1	3,0	2,8
Túnez	2,1	2,5	2,1
Egipto	2,1	2,5	1,8
Turquía	2,4	2,4	2,0
Países ingresos bajos	2,3	2,0	1,9
Países ingresos medio-bajos	2,5	2,3	2,0

Fuente: Social Indicators of Development 1990.

Cuadro 10
Indicadores de mortalidad

	Hace 25-30 años	Hace 15-20 años	Estimación más reciente
Tasa Bruta de Mortalidad			
Marruecos	18,3	14,1	9,2
Argelia	18,2	14,2	7,7
Túnez	16,5	10,9	7,0
Egipto	19,1	15,0	8,7
Turquía	14,7	10,8	8,2
Tasa de Mortalidad Infantil			
Marruecos	144,8	114,8	69,8
Argelia	154,0	120,0	69,8
Túnez	144,8	100,8	46,9
Egipto	172,0	132,0	80,5
Turquía	165,0	127,2	73,0
Esperanza de vida al nacer			
Marruecos	49,4	54,6	61,3
Argelia	50,2	56,3	64,8
Túnez	51,1	58,3	66,2
Egipto	48,8	53,3	63,0
Turquía	53,8	59,3	64,7

Fuente: *Social Indicators of Development*, 1990

nivel de desarrollo, con la parcial excepción, al igual que en muchas otras rúbricas sociales, de Túnez.

Al revés de lo que sostienen los estereotipos al uso, la fecundidad también ha descendido en la región. Hace 25 ó 30 años, aún se encontraba en el nivel tradicional de 7 u 8 hijos por mujer (cuadro 11), esto es, el propio de lo que los demógrafos históricos denominan "regímenes de fecundidad natural". Las primeras reducciones de la fecundidad tuvieron lugar en la segunda mitad de los años 60 en Túnez y Egipto, como consecuencia de un retraso en la edad al matrimonio y de la introducción de programas de

planificación familiar. La eficacia de estos primeros programas fue en ocasiones limitada y pasajera, en particular en Egipto, alcanzando sólo a los grupos de mujeres más motivadas (Fargues, 1988). Por el contrario, en Túnez, y más tarde en Turquía, el efecto ha resultado más sostenido. En la segunda mitad de los años 70, los programas de planificación familiar se extendieron a Marruecos y renacieron en Egipto. Sólo en los últimos años, sobre todo en la segunda mitad de los 80, se ha sumado Argelia a esta tendencia, pero el declive de la fecundidad ha sido allí el más abrupto, como si de una recuperación del tiempo

Cuadro 11
Tasas de fecundidad (número medio de hijos por mujer)

	1950-1955	1960-1965	1970-1975	1980-1985	1985-1990	1990-1995
Marruecos	7,2	7,2	6,9	5,1	4,3	3,5
Argelia	7,3	7,4	7,4	6,7	6,1	5,3
Túnez	6,9	7,2	6,1	4,8	4,1	3,4
Egipto	6,6	7,1	5,5	4,8	4,3	3,8
Turquía	6,1	6,0	5,5	4,0	3,7	3,2

Fuente: Naciones Unidas, *World Demographic estimates and projections 1950-2025*

perdido se tratase, lo que ha supuesto la inversión de una posición largamente mantenida que respondía a un fuerte sesgo ideológico. La sustitución del slogan tradicional argelino en la materia, que sostenía que "la única política de población es el desarrollo", por el actual, que proclama que "la planificación familiar es también desarrollo", no sólo es llamativo sino también paradigmático para un cambio de orientación histórico que no ha sido exclusivo de Argelia. En conjunto puede decirse que el descenso de la fecundidad está sólidamente instalado en los cinco países considerados. Pero hay que añadir que todavía resulta elevada: sus gobiernos estiman que su tasa de crecimiento es demasiado alta y desean reducirla, de acuerdo con sus respuestas a las encuestas periódicas que realiza Naciones Unidas sobre políticas demográficas.

Como es el caso en general en los países en proceso de transición en nuestros días, el descenso de la fecundidad resulta en la región de la combinación, en dosis variables, de desarrollo y políticas demográficas. En el caso que nos ocupa, el papel protagonista parece haber correspondido a éstas últimas. Así lo pone de manifiesto el estrecho paralelismo que une a los cronologías del descenso de la fecundidad y de la introducción de las políticas. Como cabía esperar, las tasas de prevalencia anticonceptiva de los distintos países están fuertemente correlacionadas con los niveles de fecundidad (United Nations, 1989). Claro que la adopción y el éxito de estas políticas suelen estar asociados con avances sociales que, por lo general, resultan del desarrollo, o son elementos constitutivos del mismo, como la urbanización, la extensión de la escolarización, la incorporación de las mujeres a la actividad productiva remunerada fuera del hogar, el descenso de la mortalidad infantil y otros.

Pues bien, en el caso del Norte de Africa y Turquía, las variables más decisivas en la explicación de las tasas de fecundidad parecen ser las que tienen que ver con el status de la mujer en la familia y la sociedad, en particular la escolarización femenina y la tasa de participación femenina en la fuerza de trabajo. La fecundidad parece muy relacionada con las tasas de escolarización femenina (cuadro 12), y aún más con la participación de las mujeres en la fuerza de trabajo (cuadro 13), a pesar de los bajos niveles de ésta. Dentro de cada país, la fecundidad urbana es siempre más baja que la rural. Por el contrario, la mortalidad infantil, que es parecida en casi todos los países con la excepción favorable de Túnez, no parece ser una variable explicativa importante.

Cuadro 12
Niveles de fecundidad y educación femenina

	Argelia 1986	Marruecos 1987	Túnez 1988
Analfabetos	7,3	5,2	5,0
Educ. primaria	5,0	3,2	3,9
Educ. secundaria	3,4	2,4	2,7

Fuente: Philippe Fargues, Population et Sociétés, 248 (Juillet-Août 1990)

Cuadro 13
Tasa de participación femenina en la
Fuerza del Trabajo

	Hace 25-30 años	Hace 15-20 años	Estimación más reciente
Marruecos	6,3	8,9	12,9
Argelia	2,3	3,0	4,3
Túnez	4,7	9,3	15,8
Egipto	3,9	4,4	5,6
Turquía	38,2	32,7	30,1
Países de ingresos medios-bajos	20,6	22,6	23,5

Fuente: Social Indicators of Development, 1990

Sin embargo, no es el mero desarrollo económico, expresado en niveles de renta más elevados, el determinante del descenso de la fecundidad. En el caso que nos ocupa, puede afirmarse que la renta no es una variable explicativa de los niveles de fecundidad. Ello resulta particularmente claro si examinamos por un momento las diferencias de fecundidad que se dan en el seno del mundo árabe. En efecto, la correlación entre fecundidad y renta es muy alta, pero negativa. Los países más ricos, los productores de petróleo, son los que exhiben los más altos niveles de fecundidad. La explicación que puede sugerirse es que en éstos la riqueza, de naturaleza más rentista que productiva, no ha transformado las estructuras sociales tradicionales, sino al contrario, y ha permitido la realización del ideal tradicional de la familia numerosa (Boustani y Fargues, 1990). En respuesta a las mismas encuestas de las Naciones Unidas antes mencionadas, estos países, los de fecundidad más elevada, consideran que su tasa de crecimiento es demasiado baja. Esta actitud puede parecer paradójica, pero es comprensible si se tiene en cuenta que se trata de países muy poco poblados en los que una mayor densidad de población podría tener ventajas, en términos de economías de escala, seguridad y poder, además de disminuir la necesidad de importar mano de obra

inmigrante. Por el contrario, para los países de fecundidad menos elevada —los del Magreb y Egipto— el rápido crecimiento de la población acrecienta las formidables dificultades con las que se enfrentan para proporcionar empleo, educación, atención sanitaria y vivienda a una población rápidamente creciente. De ahí su deseo de reducirla y su motivación para adoptar políticas al efecto.

Las implicaciones sociales de las tendencias demográficas

Las tendencias demográficas agravan los problemas económicos y agudizan las tensiones sociales. Debido a las inercias inherentes a aquéllas, el crecimiento de la población ha seguido siendo muy rápido en los años 80 y comienzos de los 90, a pesar de la contención de la fecundidad, en un período de crisis económica en el que su atenuación era especialmente necesaria. Al superar a la tasa de crecimiento económico, resulta en deterioro de los niveles de vida. A su vez, dado que la población crece más rápidamente que la economía, y que la población activa crece más rápidamente que la población, las presiones sobre el empleo resultan *insoportables*. Debido a la muy joven estructura de la población (cuadro 14), ello se traduce sobre todo en desempleo juvenil, que en algunos países alcanza niveles próximos al 80%. Este constituye el problema social más grave y de consecuencias más profundas, no exentas de delicadas repercusiones políticas. La llegada de pléoras de jóvenes, más educados que sus predecesores, a las puertas de un mercado de trabajo saturado resulta en una masiva frustración de expectativas, que es percibida frecuentemente como el fracaso global de un modelo político y social que tuvo su origen en los procesos de independencia y generó considerables esperanzas que hoy muchos dan por canceladas. El malestar resultante puede contribuir a alimentar la creencia en alternativas totalizadoras, revestidas de un carácter fundamentalista o integrista, y a poner en peligro los procesos de democratización que constituyen la otra cara de la moneda de los procesos de desarrollo.

Cuadro 14
Porcentaje de la población de 0-14 años

	Hace 25-30 años	Hace 15-20 años	1989
Marruecos	45,9	47,2	41,0
Argelia	46,5	47,6	44,0
Túnez	46,3	43,8	38,4
Egipto	43,5	40,0	40,4
Turquía	42,0	40,1	35,1

Fuente: Social Indicators of Development, 1990

Además, el rápido crecimiento de la población, sobre todo en tiempos de escasez, presiona sobre las infraestructuras sociales, cuestiona los límites de los sistemas de protección social allí donde existen, hace imposible la provisión de vivienda —especialmente en contextos de rápido crecimiento urbano (cuadro 15)—, y agrava los problemas de absorción de la mano de obra. La conclusión que se puede extraer de esta experiencia es que el rápido crecimiento de la población es posible en tiempos de fuerte crecimiento económico, pero resulta un lujo que nadie se puede permitir en tiempos de “vacas flacas”.

Cuadro 15
Tasa de crecimiento de la población urbana

	Hace 25-30 años	Hace 15-20 años	Estimación más reciente
Marruecos	4,5	4,0	4,1
Argelia	6,4	3,5	3,9
Túnez	3,9	3,8	2,8
Egipto	4,0	2,6	3,4
Turquía	5,1	4,0	2,9

Fuente: Social Indicators of Development, 1990

Un futuro incierto

La continuación del cambio demográfico en curso, si no se ve frenada por factores externos, aliviará las presiones mencionadas, pero no antes de quince o veinte años. La medida en que lo haga dependerá, claro está, del ritmo de las transformaciones económicas y sociales, y en particular de la tasa de crecimiento económico, de la prosecución de los progresos educativos y de la mejora del status de las mujeres en la vida económica, social y familiar; y por otro lado, de la extensión y eficacia de los servicios de planificación familiar,

terreno en el que hay mucho espacio para la mejora. En efecto, la fecundidad "deseada" es aún más baja que la fecundidad efectiva en la región (Livi Bacci, 1990), lo que significa que existen "necesidades insatisfechas" en materia de planificación familiar. Por consiguiente, es posible reducir más la fecundidad a través de una mejor y más amplia oferta de servicios de esta naturaleza. Pero la fecundidad "deseada" es aún mayor que la metas establecidas por las Naciones Unidas en su variante media —la que permitiría alcanzar una fecundidad de nivel de reemplazo en torno a los años 2020-25— y esto implica que las preferencias personales aún habrán de modificarse en respuesta a cambios en las condiciones y los estilos de vida.

Pero incluso si se alcanzaran las metas establecidas, la fuerza de trabajo continuaría creciendo muy rápidamente —por encima del 2,5%, o incluso el 3,5% en el caso de Argelia— hasta las inmediaciones del año 2010, sino más allá (cuadro 16). Ello implica que será necesario crear un número exorbitante de nuevos puestos de trabajo sólo para evitar un mayor deterioro de las perspectivas de empleo. En el curso del último decenio de este siglo y el primero del próximo, la población activa aumentará en 35 millones en el conjunto de los cinco países considerados (cua-

dro 17). Si se mantuvieran las tasas de actividad actualmente prevalentes, ello se traduciría en la necesidad de crear 12 ó 13 millones de nuevos puestos de trabajo. No hace falta decir que las tasas de participación de algunos grupos en la fuerza de trabajo, especialmente las de las mujeres, son hoy muy bajas. Si se aspirase además a disminuir el desempleo y a elevar la tasa de actividad femenina —variable crucial tanto para el desarrollo como para el progreso del cambio demográfico—, la cifra debería elevarse a 15 ó 16 millones como mínimo. La creación de este volumen de empleo no es imposible, pero sí altamente improbable. De hecho, las tendencias actuales van más en dirección al aumento del desempleo que a su reducción. La capacidad de creación de empleo de estas economías parece reducida, como lo es la de algunos de sus sectores más importantes (la industria pesada argelina, el sector petrolífero, el Canal de Suez).

Para hacer frente a este imponente desafío, hay que cambiar el presente estado de cosas por lo menos en dos direcciones. El primer requisito no es otro que elevar las tasas de crecimiento económico hasta, si fuera posible, recuperar los niveles prevalentes antes de la crisis. Ello contribuiría más que ninguna otra cosa a resolver los problemas actuales. En segundo lugar, es importante aumentar la capacidad de creación de empleo de las economías en cuestión: reo-

Cuadro 16
Tasa de crecimiento anual de la población activa (por cien)

País	1950	1960	1970	1980	1985	1990	2000
	1960	1970	1980	1985	1990	2000	2010
Marruecos	2,25	1,94	3,46	3,25	3,23	2,99	2,61
Argelia	0,59	0,31	3,24	3,60	3,78	3,71	3,63
Túnez	1,06	1,16	3,71	3,11	3,13	2,68	2,30
Egipto	1,72	2,02	2,11	2,59	2,57	2,75	2,54
Turquía	1,57	1,42	1,74	2,30	2,07	1,95	1,97

Fuente: OIT, The active population, estimates 1950-1980, projections 1985-2025 (medium hypothesis)

Cuadro 17
Población económicamente activa (en miles)

	1970	1980	1990	2000	2010
Marruecos	4.048	5.688	7.824	10.503	13.587
Argelia	2.945	4.051	5.819	8.378	11.965
Egipto	9.172	11.928	14.574	19.114	24.561
Túnez	1.326	1.908	2.594	3.378	4.243
Turquía	16.071	19.090	23.696	28.752	34.949

Fuente: World Demographic Estimates and Projections, 1950-2025

rientarlas hacia operaciones más intensivas en trabajo, eliminar rigideces salariales, promover las pequeñas empresas y pequeños negocios, prestar asistencia al sector informal en el que se localiza una muy elevada proporción de los nuevos puestos de trabajo, mejorar la formación profesional y promover una mejor adecuación entre el sistema educativo y las necesidades de la economía.

Conseguir estos objetivos no es imposible, pero sí muy difícil. Las medidas de choque necesarias para restablecer el crecimiento económico deben ser compaginadas con estrategias de reforma orientadas a hacer la economía menos dependiente y más competitiva. Y todo ello consiguiendo la cuadratura del círculo que supone mantener los equilibrios presupuestarios, reducir la deuda y evitar excesivos costes sociales. En una tesitura así resulta de importancia estratégica el volumen de financiación exterior que los países sean capaces de movilizar. Y por ello las remesas de los emigrantes se ven como un factor determinante en términos macroeconómicos —con independencia de su relevancia en el plano microeconómico, esto es, de la posibilidad de que se transformen en inversión productiva, cuestión sobre la que dista de existir consenso.

En este contexto cabe prever que la propensión a emigrar sea muy intensa en el próximo futuro: en el plano individual, para escapar de la pobreza y el desempleo, o para satisfacer expectativas de bienestar y consumo; en el agregado, para generar las deseadas remesas y para proporcionar una cierta válvula despresurizadora del mercado de trabajo. La proximidad a Europa, por su parte, proporciona una inducción adicional.

En esta tesitura, la emigración parece altamente necesaria para los países de la región, para favorecer *la continuación del desarrollo y el alivio de las tensiones sociales*. Y cabe argumentar que puede contribuir al desarrollo, como una experiencia relativamente reciente y muy cercana, aunque bastante diferente, prueba. Me refiero, claro está, a la emigración de los países del Sur de Europa al Norte en el tercer cuarto de este siglo.

No parece, sin embargo, que la interacción tan positiva que en los años 50 y 60 tuvo lugar entre economías con desequilibrios de signo opuesto entre oferta y demanda de trabajo (Kindleberger, 1967) vaya a producirse de nuevo en esta ocasión. En efecto, todo hace suponer que las políticas migratorias fuertemente restrictivas de los países europeos no van a cambiar. El clima social y político existente no deja mucho lugar a dudas: al menos en el corto plazo no

es previsible una liberalización de las políticas de fronteras. Por ello, los flujos migratorios que en todo caso se producirán seguramente serán inferiores a los que demandaría la economía en ausencia de otras consideraciones.

En consecuencia, es muy probable que persista el escenario actual, y con él los problemas que le acompañan, que incluso pueden agravarse. Entre ellos, uno de los más importantes es la conversión de buena parte de la inmigración en clandestina, con todas sus implicaciones indeseables. Otro problema es el posible aumento de tensiones en el plano de las relaciones internacionales que una irresuelta 'cuestión migratoria' puede generar entre países vecinos que están llamados a convivir y cooperar pacíficamente.

La solución a los graves problemas por los que atraviesan los países de la ribera Sur y Este del Mediterráneo sólo puede venir de ellos mismos. A largo plazo, las perspectivas de desarrollo son menos desfavorables de lo que frecuentemente se piensa. Algunos países están empezando a tener éxitos en la recuperación económica, en especial Marruecos; pero es también el que tiene más pobreza y mayores carencias en capital humano. El potencial de crecimiento de Turquía se ve ensombrecido por altas tasas de inflación y una elevada proporción de la fuerza de trabajo en la agricultura. Las perspectivas de Egipto, que eran probablemente las más sombrías por el atraso general que muestran la mayoría de sus indicadores, por sus difíciles condiciones naturales y por el peso aplastante de la deuda, han mejorado considerablemente por la condonación de ésta tras la guerra del Golfo. El mejor panorama, en el otro extremo, es el de Túnez, el país más estable y equilibrado. Y el futuro más incierto sin duda el de Argelia, la nación que más ha avanzado en el camino de la industrialización y el desarrollo, pero también la que presenta mayores desequilibrios y contradicciones y la más sacudida por convulsiones sociales y políticas.

Ciertamente, son muchos los obstáculos que se alzan en el camino del crecimiento y muchos los desequilibrios a superar para conseguirlo. Y es altamente probable que, hasta que se alcancen niveles satisfactorios de desarrollo, lo que puede suponer posiblemente dos o tres decenios, sea necesario convivir con altos niveles de desempleo. Probablemente éste sea el problema social más grave al que tienen que hacer frente los países considerados en el próximo futuro. A esta luz cobra especial relevancia la posibilidad de acelerar el cambio demográfico, que podría, ceteris paribus, aliviar las presiones sobre el mercado de trabajo y acortar el período de tiempo en

el que es previsible que el desempleo sea agudo. Pero es indudable que no se puede esperar a que el cambio demográfico se complete y produzca sus plenos efectos. A corto y medio plazo, la adopción de políticas intensivas en trabajo es imprescindible. A largo, antes o después, el desarrollo terminará por afirmarse. La cuestión crucial es el tiempo que se tarde en llegar a ello y los costes sociales que se generen entre tanto.

BIBLIOGRAFÍA

- ARANGO, Joaquín, (1990), "Disparidades demográficas y potencial migratorio en el Mediterráneo", en *Movimientos Humanos en el Mediterráneo Occidental*, Institut Catalá d'Estudis Mediterranis, Barcelona.
- BALTA, Paul, (1990), *Le grand Maghreb. Des indépendances à l'an 2000*, La Découverte, Paris.
- BASTENIER, Albert, Felice DASSETTO et al., (1990), *Italia, Europa e nuove immigrazioni*, Edizioni della Fondazione Giovanni Agnelli, Torino.
- BCHIR, Mongi, (1986), *La Population Tunisienne*, Université de Tunis, Túnez.
- BOUSTANI, Rafic y FARGUES, Philippe, (1990), *Atlas du Monde Arabe*, Bordas, Paris.
- CHEVALLIER, Agnes y KESSLER, Véronique, (1989), *Economies en développement et défis démographiques*, La Documentation Française, Paris.
- DABOUSSI, Raouf, (Febrero 1991), "Economic evolution, demographic trends, employment and migration movements", en *Mediterranean Information Exchange System on International Migration and Employment* (MIES), OIT, Ginebra.
- DIRECTION DES STATISTIQUES SOCIALES, (Marzo 1991), *Situation de l'emploi en 1989*, Collection Statistiques, Argel.
- FARGUES, Philippe, (1988), "La baisse de la fécondité arabe", *Population*, 6, (975-1004).
- KHADER, Bichara, (1988), *El mundo árabe ante el año 2000*, Editorial Cantarabia, Madrid.
- KOUAOUCI, Ali (1992), "Tendances et facteurs de la natalité algérienne entre 1970 et 1986", *Population*, 2:327-349.
- LEVEAU, Rémy, (1989), "Les migrations dans l'espace méditerranéen: dimension politique et économique", *Awraq. Estudios sobre el mundo árabe e islámico contemporáneo*, vol. X.
- LIVI BACCI, Massimo y MARTUZZI VERONESI, Fosca, (1990), *Le risorse umane del Mediterraneo*, Il Mulino, Bologna.
- MASSEY, Douglas S., (1989), "International Migration and Economic Development in Comparative Perspective", *Population and Development Review* 14:383-414.
- OBERMEYER, Carla Makhlouf (1992), "Islam, Women, and Politics: The Demography of Arab Countries", *Population and Development Review*, 18, 1:33-60.
- OCDE, (1990), Turkey, OECD Economic Surveys, Paris.
- OCDE, (1991), *Système d'observation permanente des migrations*, SOPEMI 1990, OCDE, Paris.
- PACINI, Marcello, (1989) et al., *Abitare il pianeta. Futuro demografico, mirazioni e tensioni etniche*, vol. I, Edizioni della Fondazione Giovanni Agnelli, Torino.
- PNUD, (1990) *Human Development Report 1990*, Oxford University Press, Oxford.
- SALVINI, Silvana, (1990), *La transizione demografica nei paesi del Mediterraneo sud-orientale*, Università degli Studi di Firenze, Florencia.
- SECCOMBE, Ian J. (1988), "International Migration in the Middle East: historical trends, contemporary patterns and consequences", en Reginald Appleyard, ed., *International Migration Today*, vol. I, UNESCO, Paris.
- SIMON, Gildas, (1987), "Migration in Southern Europe: An Overview", en OCDE, *The Future of Migration*, OCDE, Paris.
- TAPINOS, Georges, (Julio 1990), "Development Assistance Strategies and Emigration Pressure in Europe and Africa", Working Papers, *Commission for the Study of International Migration and Cooperative Economic Development*, Washington, D.C., 56.
- UNITED NATIONS, (1988), *World Demographic Estimates and Projections, 1950-2025*, New York.
- UNITED NATIONS, (1989), *Global Estimates and Projections of Population by Sex and Age*, The 1988 Revision, New York.
- UNITED NATIONS, (1989), *Levels and Trends of Contraceptive Use, as assessed in 1988*, New York.
- UNITED NATIONS, (1991), *World Population Prospects 1990*, New York.
- WORLD BANK, (1991), *Social Indicators of Development 1990*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore y Londres.
- WORLD BANK, (1989), *Trends in Developing Economies 1989*, Washington, D.C.
- WORLD BANK, (1990), *Trends in Developing Economies 1990*, Washington, D.C.
- WORLD BANK, (1990), *World Development Report 1990*, Oxford University Press, Oxford y New York.
- WORLD BANK, (1991), *World Development Report 1991*, Oxford University Press, Oxford-New York.

ILUSTRE COLEGIO NACIONAL DE
DOCTORES Y LICENCIADOS EN CIENCIAS POLITICAS
Y SOCIOLOGIA



**Estamos
al servicio de
la Profesión**

Quintana, 29, bajo izquierda
Teléfono 247 34 80
28008 MADRID